



“EL POEMA
NI SE
COMPRA NI
SE VENDE”:

.....
Darío
Jaramillo

Darío, nombre épico, de conquistador persa. Darío, medio homónimo de otro poeta de otro país, pero con quien solo comparte eso, pues el nuestro, el colombiano que vivió 20 años en un apartahotel, no puede ser más diferente de esos que lo antecedieron con el nombre. Es un grande, pasará a la historia, pero a su manera, con versos sencillos, emotivos, entendibles y lógicos. Su bajo perfil lo hace bastante difícil de diferenciar en un auditorio, y hay que esperar a que se pare en el podio para poder ponerle un rostro a ese mítico nombre, pero que no cuadra por ser la viva imagen de un común, del tendero de la esquina, del vendedor de carros, incluso la cara de un poeta. De un poeta del siglo XXI, mundano, que no se vanagloria de ser enlace entre el olimpo y la palabra, y que es capaz de otorgarle a un don nadie una entrevista de 40 minutos, corriéndole él mismo el asiento, pidiéndole café, y encima regala extraoficialmente una hora más de historias dignas de tertulias, que por ser acompañantes del desayuno, no fueron lo que debieron ser: las protagonistas en medio de una fogata, unos tragos y mucha admiración. Ese es Darío Jaramillo: una piñata en caja de supermercado. Darío, el poeta de los amores imposibles, contó de ellos, de cómo son, de quienes son, estuvo hablando del amor y el erotismo, contundentes y recurrentes en su obra. Todo esto en Calarcá, sede del Encuentro Nacional de Escritores, evento que cada agosto va cobrando fuerza y que desde ya se consolida como un referente en el mundo literario del país.

JJ: ¿Qué te pareció en V Encuentro de Escritores Luis Vidales?

Darío Jaramillo: Lo primero que me sorprendió fue la cantidad de asistentes en cada acto, la cantidad de público que va espontáneamente a una lectura de poemas, lo que a mí no se me ocurriría. Yo voy a un recital si me toca leer, pero me daría mucha pereza ser público. Eso refleja cierta avidez intelectual por estas cosas. Lo segundo, es que hay una relación inversamente proporcional entre la importancia del evento y el tamaño de la ciudad. Entre más lejos del epicentro, más importante localmente. De un festival de poesía en Bogotá, uno no se entera, mientras que acá en Calarcá, todo el mundo tiene que ver con el evento.

También es muy grata la hermosura de esta región, uno siempre está anonadado por un árbol, por jardines. Ayer estuvimos en el Jardín Botánico, y fue emocionante. Era un grupo más o menos grande, y todos salimos eufóricos, emocionados.

Lo otro es que esto es como un circo, que va de pueblo en pueblo, porque somos más o menos los mismos, y nos encontramos siempre en los eventos, porque en Bogotá no nos vemos. Y eso es muy grato, que al contrario de lo que la gente piensa, por lo general, las relaciones en el mundo de la literatura no son íntimas pero sí muy gratas, por los gustos comunes, y además hay mucho sentido del humor, y eso hace de esto algo muy agradable.

JJ: Ese mundo de los escritores que describes, se ve desde afuera mucho más cerrado, más impenetrable...

Todos tenemos amores imposibles de carne y hueso. Amor imposible es que pase alguien angelical en frente y uno no sepa ni quién es.

DJ: Yo hablo por mí, que no tengo muchas relaciones sociales, no salgo de noche, ni voy a cafés literarios, ni nada de esas vainas, y que solo los encuentro en eventos como estos. Aún así, me parece que no son cerrados; es más, a los vallecaucanos Omar Ortiz y Julián Malatesta los conocí hace muy poco, pero tenemos una muy buena relación.

JJ: No se si es percepción mía, pero creo que se te conoce más afuera que adentro de Colombia. Al poner tu nombre en Google, aparecen más artículos en El País, de España, que en periódicos nacionales. ¿Puede ser verdad?

DJ: Sí, claro que el conocimiento de un escritor puede ser muy relativo, no llega a ser muy conocidos. Juan Manuel Roca contaba alguna vez que después de tantos años de haber publicado poemas, publicó su primera novela, y le sorprendió mucho que lo llamaban a entrevistarle. Pero sí, me llaman y me invitan mucho por fuera del país, sobretodo en España, Méjico y Argentina, más que todo.

JJ: ¿Y cómo te sientes con ello?

DJ: Bah, no me importa. Ni lo uno ni lo otro. En una vocación como la de poeta, lo que menos importa es que hablen de uno. Por lo menos en mi caso. No busco ser reconocido.

JJ: ¿De dónde tu pasión por la música, tan fuerte, que le dedicaste un libro y los primeros versos del libro *Amores Imposibles*?

DJ: Tu mamá es del Quindío, que es una región como en la que yo nací (Santa Rosa de Osos), y en donde la mayor parte del tiempo está sonando música. Aparte, me tocó vivir en el primer siglo de la historia donde es más fácil oír música que no oírlo. Con las nuevas técnicas de reproducción lo difícil de encontrar es el silencio. Usted está en la casa, entra a la cocina, y ahí hay un radio prendido. Se monta en un taxi o en un bus, música. Va por la calle, y música por todos los lados, y como quiero tanto el silencio, cuando suena algo siempre me fijo. Pero me gustaría que hubiera

menos ruido. Igual va uno familiarizándose con unos sonidos que le gustan y lo atrapan, sobre todo la música popular. Cuando uno es de donde es, tangos, boleros, rancheras, pues le van gustando, y creo que es por ahí que va uno aprendiendo a sentir lo que las canciones dicen que uno debe sentir. La música se va volviendo prescriptiva. Yo creo que es por eso, no por ninguna vocación musical. Tal vez es demasiado amor al silencio.

JJ: ¿Cómo superaste ese odio que le tenías a la poesía, que cogiste cuando eras jovencito y te tocaba ir los sábados y domingos a la escuela a memorizar parrafadas como castigo?

DJ: Hay una cosa fundamental, y es que en mi casa había libros. Mi padre me leía en voz alta, me leía historias, o me leía Historia, poemas, y ese fue el contrafuego contra esa cosa que pasa en general en la enseñanza de la literatura, que es un método para que la gente odie los libros. Lo que me enseñaban de literatura en el colegio no era nada motivante para crearme la

Podemos escuchar cosas casi infinitas, y los ojos pueden ver todo el universo, y es porque los sentidos tienen una ayudita.

afición por la lectura, o para crearme el hábito de los libros, pero en mi casa si había eso. Yo no tenía hermanos, y entonces o jugaba, o leía, o me aburría. Termina uno acompañándose de los libros y eso hace que mire con distancia ese universo donde no te invitan a leer. Ese ambiente de mi casa hizo que me vacunara contra esa forma tan absurda de enseñar la literatura.

JJ: Cuéntanos de uno de tus amores imposibles de carne y hueso.

DJ: Todos tenemos amores imposibles de carne y hueso. Amor imposible es que pase alguien angelical en frente y uno no sepa ni quién es. A todos nos pasa. Aparte de que hay ciertos ídolos populares que le crean a uno una conducta afectiva, personas que son como una aparición. En mi caso, cuando escribo, y en concreto sobre amores imposibles, es que me he enamorado de ellos. No creo que sea yo el único, creo que somos todos destinatarios de apariciones.

JJ: ¿Y marcan más esos imposibles, o los posibles?

DJ: Mucho más los posibles. Lo que sí tienen los imposibles es que son felices. Eso los hace muy especiales. Son amores sin carne, sin lujuria.

JJ: Y con tantos medios hoy en día, ¿se presta para que surjan más amores de ese tipo?

DJ: Yo creo que sí. Estamos más conectados, y los medios electrónicos son extensiones de los órganos sensoriales. Podemos escuchar cosas casi infinitas y los ojos pueden ver todo el universo; y es porque los sentidos tienen una ayudita.

JJ: Hoy, la amalgama de temas es casi infinita, y muy pocos temas son tabú. Pero ¿por qué tanto miedo a ser políticamente incorrectos, y se busca cuidar una imagen que hoy parece más frágil?

DJ: No tendría una razón de inmediato, pero considero posibilidades. Aparte de que hay leyes dictadas por gobiernos y estados que te llevan a comportarte de ciertas maneras, hay unas reglas de juego social que también determinan esas conductas, y salirse de la manada con respecto a esas leyes, tiene una sanción. O te lanzan al ostracismo, o te señalan.

JJ: ¿Por qué esas reglas son hoy más estrictas y limitadas, que hace 40 o 50 años...

DJ: No creas, no creas, pero sigue.

JJ: Es que en esa época estaban, entre otras, las vanguardias, e innovar era crucial, y romper, denunciar fuertemente era importante. Y eso se hace hoy en día, pero todo muy matizado.

DJ: Primero, creo que uno de los errores del siglo XX fueron las vanguardias, pues creo que es una manifestación epigonal del romanticismo, y no es tan novedoso. Todo era un afán

Yo soy un individuo que tengo una percepción del mundo y eso es lo que cuento cuando escribo un poema o una novela

de novedad, que comenzó con la facilitación del modo de vida, ya que es más fácil cocinar con estufa de gas que con carbón, y que llevada al mundo de los comportamientos, se considera que la originalidad es un gran valor literario, se producen todas esas pendejadas que se hicieron en el siglo XX. En realidad, la originalidad no es un valor central de la creación. No quiero decir que hay que ir copiando, pero la originalidad por la originalidad, que fue un valor en las vanguardias, es una pendejada. Lo que deja es muy poquito. Se pone a ver uno, y de la poesía surrealista termina salvándose muy poquito. El resto es gente que por ser original se metió en la manada de los originales, y ya no es tan original (sonrisa).

Pero creo que esas reglas de control social eran mucho más fuertes antes, donde la Iglesia jugaba un papel central. Hoy hay más libertad para ser quien quieras ser, más que todo en las ciudades, porque en los pueblos todavía está el control de que todo el mundo conoce a todo el mundo, y saben que el hijo de fulana está emborrachándose todos los días. Eso en una

ciudad no se sabe, y ahí las reglas de juego sociales se han relajado mucho.

JJ: ¿Cómo triunfa un temario como el tuyo, tan abstracto, cuasimetafísico, en un ambiente literario que hoy se rinde a los pies de lo urbano, coloquial, mundano, tangible y casual?

DJ: Voy a sacar la respuesta de la forma que enunciaste la pregunta.

Mi intención siempre ha sido crear poesía, crear un encantamiento con las palabras, pero a partir del habla cotidiana, de la conversación, de lo coloquial. Y creo que es muy difícil hacerlo, es más difícil que construir un lenguaje barroco que sea de nicho para la poesía. Y con lo que yo he intentado hacer, con ese *cotidianismo*, se ha creado una vía de acceso a la gente, pues es una poesía sin complicaciones de lenguaje.

JJ: Tú eres uno de los poetas amorosos colombianos. no románticos. Es curioso

que no estés casado, ni nunca lo hayas estado. ¿Chocan?

DJ: No, hoommbreee. Es que yo creo que el amor no tiene nada que ver con el matrimonio. Pregúntale a ella y verás.

(Se arrima a saludar en ese momento Piedad Bonett, y dice: “Que temas más pesados para el desayuno”, y se ríe).

Mejor, yo creo que el matrimonio no tiene que ver necesariamente con el amor.

JJ: ¿Cómo llegaste a esa conclusión, si vienes de un pueblo paisa, conservador y de tradiciones arraigadas?

DJ: Por observación. Es decir, el supuesto del matrimonio indisoluble no es compatible con el concepto de que el amor tiene principio y tiene fin. Cuando acaba el amor, la pareja, o construye otro motivo para estar juntos, que puede ser la economía, porque es más barato vivir en una casa que en dos, o puede ser los hijos, o simplemente se tendrán que separar.

JJ: A mediados del s. XX se popularizó que el poeta no lo fuera como profesión. Antes, casi siempre, muchos se dedicaron a ello, sin vivir estrictamente de eso. ¿Crees que es mejor o peor ese cambio en la concepción de la poesía como profesión?

DJ: Yo veo con buenos ojos que la poesía no sea una profesión, que uno no compre con la plata de la poesía el desayuno. No creo que esta sea una dedicación de la cual uno se luce, pero el que se mete a escribir poesía sabe que lo principal en su vida es ella. Yo me formé como abogado, y trabajé como abogado y después como un administrador, y vivía de eso otro que no era la poesía. Pero a la hora de tratar de medir cuánto tiempo de mi vida dedico a estar pensando en poesía, enfrente de cuánto tiempo dedicaba a mi trabajo, era mucho más el tiempo de la poesía. Eso no quiere decir que uno sea irresponsable con el trabajo. Yo procuraba ser muy serio, por una responsabilidad conmigo y con la gente que me lo dio, y según la fama que llegué a tener, fue bastante mi responsabilidad (más de 20 años como Subgerente Cultural del Banco de la República). Pero ya cuando eran las seis de la tarde y yo me iba para mi casa, estaba

pensando en el librito de poesía que había conseguido, o el poema en el que estaba trabajando. Creo que eso es bueno, y para mí lo ha sido. Eso hace que el poeta no sea una mercancía. Si esa fuera mi profesión, yo no estaría pensando solo en el poema, sino cuánto vale o por cuánto lo vendo para poder cambiar de casa, o desayunar mejor. Pero si le quito esa condición de mercancía, asumo que el poema ni se compra ni se vende, pues tengo una libertad mayúscula. No dependo del mercado, no dependo de la demanda, no dependo de nada. Es la libertad más absoluta, y a la vez es la responsabilidad más absoluta. Es decir, si no depende de una demanda externa, la responsabilidad de que el poema tenga algún grado de calidad es exclusivamente mía, no dependo de nadie más. Para mí, eso es bueno.

Yo no sé de poetas que vivan de la poesía, hoy en día. El último que hubo así tal vez fue Neruda, que era poeta poeta y vivía de los poemas que escribía. Y en la época de prosperidad de España, se dio lo que ellos llaman el *Boro*, y es que escritores publicaban sus obras, y después lo invitaban a sopotocientas partes a hablar de ella, y así acumulaban para pagar la renta.

JJ: ¿El poeta es la voz de muchos que no pueden hablar, o es un individuo frente al resto del mundo?

DJ: Yo personalmente, siento que soy un individuo. No creo estar interpretando los sentimientos de nadie, ni estoy haciendo exámenes o tests, o encuestas vitales para saber cómo se siente la gente para expresar ese sentimiento. Yo soy un individuo que tengo una percepción del mundo y eso es lo que cuento cuando escribo un poema o una novela, sin ninguna pretensión de hacer leyes generales o de hacer interpretaciones globales. En ese sentido, tengo la humildad de renunciar a interpretar lo que otros puedan sentir, o a transmitir el sentimiento promedio, pero también tengo el atrevimiento de desnudarme. Yo creo que la poesía a uno mismo lo está desnudando y en ese sentido uno tiene que ser muy valeroso.

*Juan José Jaramillo,
sigue buscándose.*